

las rodillas, y unas personas que querian darle la mano para sacarle de alli le han metido en el mismo barro hasta el cuello ». Entonces San Antonio, aplaudiendo á Pafnucio, dijo : « He ahí un hombre que juzga de las cosas segun la verdad, y que es capaz de salvar las almas ». Estas palabras hicieron entrar dentro de si mismos á aquellos zelosos falsos los cuales reconocieron su imprudencia, y condujeron con dulzura á su monasterio al que de él habian hecho salir por su indiscrecion.

Otro solitario del monasterio del abad Elias, habiendo sido echado de él por una falta que habia cometido, recorrió al Santo, quien le tuvo algun tiempo á su lado y pronto volvió á enviarle á su monasterio. Pero muy lejos de recibirle, los religiosos le echaron de nuevo, y él se vió obligado á volver á San Antonio. Entonces el santo escribió á estos religiosos en los siguientes términos : « Un bajel, despues de haber naufragado y perdido su carga, ha llegado finalmente á puerto, aunque con mucha dificultad ; y aun cuando vosotros le veis en este deplorable estado, quereis hacerle perecer ». Por ahí comprendieron la intencion del santo y recibieron al solitario.

Pero si era dulce en su zelo, sabia tambien usar de severidad, cuando convenia á los intereses de Dios. Un coronel de la secta de Arrio, llamado Balac, sirvió de ejemplo á muchos por la triste experiencia que en él hizo. Perseguia á los católicos con furor, hasta tal punto que mandaba azotar públicamente á las vírgenes y solitarios. Antonio le escribió : « Yo veo la cólera de Dios sobre ti ; cesa de perseguir á los fieles, porque de lo contrario va á castigarte con una funesta y próxima muerte ».

Habiendo recibido Balac esta carta, muy lejos de ablandarse, la rasgó, echó por tierra los pedazos, y escupió sobre ellos. Maltrató á los que se la habian llevado é hizo con ellos como habia hecho con los demás. Pero Dios no tardó

en reprimir su insolencia. Cinco dias despues, yendo Balac montado en caballos de su propia caballeriza con Nestor, gobernador de Egipto, estos animales se pelearon entre si, como sucede frecuentemente, y el en que iba montado Nestor, aun cuando más manso, se echó sobre Balac, arrojóle al suelo, y relinchando contra él, le dió muchos mordiscos en el muslo haciéndoselo pedazos, de suerte que tuvieron que llevarle á la ciudad, en donde murió á los dos dias, reconociendo entonces todos los efectos de la amenaza del Santo.

Su amor al retiro no le permitia bajar de su montaña sino cuando la caridad le obligaba á ello. Para esto se iba á su monasterio de Pispir, y para no detenerse en él inútilmente, estaba convenido con uno de sus discípulos, llamado Macario, que residia en este monasterio, en que le preven-dria desde su llegada, sobre la calidad de los que querian hablarle, designándolos con los nombres de Egipcios ó Hierosolimitanos. Si Macario le decia que los que querían hablarle eran Egipcios, esto queria decir que ellos no tenían que comunicarle cosas importantes, y el Santo ordenaba que les diesen de comer, oraba por ellos, haciales una pequeña exhortacion y les despedia ; pero si eran personas de gran piedad ó que tuviesen que tratar con él negocios de gran trascendencia, Macario los anunciaba con el nombre de Hierosolimitanos, y entonces el Santo se sentaba con ellos, y les hablaba durante toda la noche de lo que atañia á su salud.

Un oficial, encantado de oírle, quería detener cuando se retiraba, y le instó vivamente á ello ; pero el Santo se escusó, usando de la siguiente comparacion : « Asi como los peces mueren cuando están demasiado tiempo fuera del agua, asi tambien los solitarios deteniéndose inútilmente con los seglares, sienten muy pronto debilitárseles su devocion con sus conversaciones. Por lo tanto, nos conviene

darnos tanta prisa en volver á nuestra soledad cuanto conviene á los peces sumergirse en el agua ». Esta respuesta edificó tanto al oficial que, lleno de admiracion, confesó que era necesario que Antonio fuera un gran siervo de Dios, y que una tan eminente sabiduria no podia encontrarse en un hombre que no habia cultivado las ciencias, si el espíritu de Dios no fuese su principio.

Bien claramente aparecia, por los medios que se usaban para obligarle á bajar de su montaña, que no le arrancaban de ella sino con una especie de violencia. Esto hicieron magistrados y juezes que deseaban verle ; porque, no pudiendo ir hasta su celda, á causa de la dificultad de los senderos que á ella conducian y del gran número de gente que les seguian, enviáronle á criminales atados y conducidos por soldados, á fin de que, movido á compasion, más facilmente se decidiese á bajar hasta Pispír, para pedir su indulto, y con esto tuviesen ocasion de conversar familiarmente con él, lo que jamás acontecia sin fruto.

No era pues el deseo de derramarse en lo exterior, ni el gusto de conversar con la gente lo que le inducia á salir de su retiro, sino la caridad más acendrada y el cumplimiento de los designios de Dios, el cual, segun la expresion de San Atanasio, lo habia dado como un médico á todo el Egipto. « Asi que, añade el mismo Padre, muchos que hacian profesion de las armas, ó estaban llenos de bienes de fortuna, lo abandonaron todo para hacerse solitarios. Muchas jóvenes prometidas para el matrimonio, renunciaron á sus pactos para consagrar su virginidad á Jesucristo. ¿ Quién jamás, dominado por la tristeza, yendo á él, no se volvió con el corazon lleno de consuelo ? ¿ Qué pobre, despues de haberle oido hablar, no se sujetó á Dios en su miseria hasta llegar á despreciar las riquezas ? ¿ Qué joven que hubiese tenido la dicha de ir á su montaña no concibió el designio de renunciar á los placeres del siglo para abrazar la penitencia ?

¿ Cuál fué el solitario que, habiéndose relajado en sus ejercicios, no sintió reanimarse su fervor con sus discursos ? ¿ Quién, finalmente, teniendo agitado y turbado su espíritu, ó viéndose atacado por los demonios, no encontró la paz del alma ó se vió libre de su tentacion, junto al gran Antonio ? »

Una vida adornada de tantas virtudes, llena de buenas obras, y tan rica en méritos, condújole finalmente á una muerte preciosa á los ojos de Dios. Es ella demasiado edificante para dejar de contar las más pequeñas circunstancias. Vamos á detallarlas valiéndonos de San Atanasio, el fiel historiador de su vida y el seguro garante de lo que de ella hemos dicho.

Hacia poco tiempo que Antonio estaba de vuelta de un viaje que habia hecho á Alejandria ; y sabiendo, por el conocimiento que Dios le habia dado, que su fin estaba próximo, quiso visitar una vez más á los solitarios de la montaña exterior, para darles el último adiós. Habiéndoles, pues, reunido á todos en torno suyo, les habló de esta manera : « Oid, muy queridos hijos míos, las últimas instrucciones de vuestro padre ; porque no es probable que os vuelva ya á ver más en esta vida. Hay que morir ; esto es lo que yo tengo que hacer pronto, contando como cuento ciento cinco años ».

Los solitarios, al oír estas palabras, le interrumpieron y, con el corazon transido de dolor, se arrojaron á su cuello despidiendo grandes suspiros y derramando muchas lágrimas. Mas él, lleno de gozo, y mostrando una santa alegría, como si estuviese próximo á abandonar una tierra extranjera para dirigirse á su patria, continuó instruyéndoles y les recomendó nuevamente que no se relajasen, que se condujeran cada dia como si aquel fuese el último de su vida, que conservaran sus almas puras de los malos pensamientos, que se esforzaran en imitar á los santos, que no tuvieran

comunicacion con los cismáticos como ni tampoco con los arrianos, cuya impiedad era manifiesta, sin admirarse de que los poderes del siglo les fuesen favorables, puesto que no era sino una autoridad imaginaria la que parecian tener y que pronto se disiparia; finalmente, que permaneciesen firmes en la fe de Jesucristo y en la tradicion de los santos Padres, que habian aprendido en la lectura de los libros santos, y en los cuales con tanta frecuencia les habia él instruido en sus diferentes coloquios.

Habiendo hablado asi, los hermanos le suplicaron con mucha instancia que terminara su vida entre ellos; pero él se lo negó por muchas razones, de las cuales una de las principales fué evitar los supersticiosos honores que los Egipcios tributaban á los cuerpos de aquellos cuya memoria tenian en gran veneracion ¹.

Asi que despues de esta visita volvióse á su retiro ordinario, en el que, poco tiempo despues, habiendo caido enfermo, llamó á dos solitarios que hacia quince años que le servian á causa de su vejez, y les dijo: « Por fin, queridos hijos míos, ha llegado la hora en que, segun el language de la Escritura, voy á entrar en el camino de mis padres. Yo sé que el Señor me llama. Mi corazon arde en deseos de unirse á él en el cielo. Pero á vosotros, entrañas da mí alma, os suplico que no perdais por desgracia, relajándoos, el fruto del trabajo al que hace ya tanto tiempo os estais aplicando. Haced cuenta cada dia que solamente empezais á entrar en religion y practicar sus ejercicios, á fin de que la buena voluntad cobre siempre en vosotros mayor fuerza. Ya sabeis cuáles son los lazos que nos tienden los demonios. Vosotros habeis sido testigos de su furor y al mismo tiem-

¹ Estos no tienen nada de comun con el honor que nosotros tributamos á las reliquias de los Santos en la Iglesia católica; sobre lo cual puede consultarse al cardenal Belarmino y á todos los que han tratado de las materias de controversia contra los hereges de los últimos siglos.

po de su debilidad. Dedaos inviolablemente á amar á Jesucristo. Confiaos del todo á él y triunfareis de su malicia. No olvidéis nunca las diferentes instrucciones que os he dado. Pero sobre todo pensad que todos los dias podeis morir ».

Recomendóles en seguida, como lo habia hecho á los otros solitarios, que huyeran de los cismáticos y hereges, y añadió: « Pero si conservais para mi alguna amistad; si me mirais como á vuestro padre; si quereis responder al tierno afecto que siempre os he tenido con alguna señal del vuestro, os suplico que no permitais que se lleve mi cuerpo á Egipto, por miedo de que á causa de un culto supersticioso, no se le guarde en alguna casa; y por esto me he vuelto á esta montaña. Esconded, pues, en tierra mi cuerpo y haced que nadie más que vosotros sepa dónde le hayais metido. Espero que mi Salvador me devolverá incorruptible este cuerpo en el dia de la resurreccion.

« En cuanto á mis vestidos, prosiguió, he ahí el destino que de ellos debeis hacer: dad al obispo Atanasio una de mis túnicas y la capa que me habia traído nueva y que yo le devuelvo del todo usada ». (Esta era una segunda capa que él habia recibido de aquel santo prelado, además de la primera, con la cual habia sepultado á San Pablo ermitaño). Dad la otra túnica al obispo Serapion y vosotros guardaos mi cilicio. Adios, queridos hijos míos; vuestro Antonio se va y no está más con vosotros ».

Terminó su discurso con el beso de paz que les dió con una ternura paternal; y alargando dulcemente los pies, se encaró con la muerte alegremente, dando nuestra de un maravilloso gozo, comi si hubiese visto venir á él á sus amigos; lo cual hizo presumir que los espíritus bienaventurados se le aparecieron en este momento, para conducirle en su compañía á la patria celestial. De este modo entregó su espíritu á Dios, el dia 17 de enero, en el que los

Egipcios, los Griegos y los Latinos celebran su fiesta, el año de Jesucristo 356, y el 105 de su edad.

Sus discípulos, fieles ejecutores de sus últimas voluntades, tomaron secretamente su cuerpo y escondieron cuidadosamente el lugar de su sepultura. Los santos prelatos que heredaron sus túnicas y su capa, las conservaron como preciosos tesoros. Al ver estos despojos del gran Antonio, parecían que le veían á él mismo; y al llevarlas, sentían una alegría interior, como si hubieran sido revestidos de su espíritu.

Observóse que, cuando murió, se echaba al mismo tiempo de Alejandria á San Atanasio, para introducir allí, por el hierro y por el fuego, al desdichado Jorge de Capadocia. Quizás por esta razón San Antonio, queriendo mostrar que moría en la comunión de San Atanasio, ordenó que se le llevase su túnica y su capa.

Este ilustre prelado hace notar que el Santo se había sostenido con un fervor igual en la penitencia y en el amor del retiro desde su juventud hasta su muerte; que la debilidad de sus fuerzas en su vejez no le indujo jamás á desear una alimentación delicada, ni á cambiar de vestido, ni á lavarse los pies; y que sin embargo gozó de una completa salud hasta su última enfermedad; que su vista fué siempre buena; que no había perdido un solo diente y que se hallaba más vigoroso y limpio que los que se dan buena vida, toman baños y cambian frecuentemente de vestidos.

Pero lo que prueba todavía más su virtud, añade el mismo santo doctor, es el que no habiéndose hecho recomendable ni por las ciencias, ni por sus escritos, ni por haber descollado en arte alguno, su reputación se había difundido tanto y era tan universalmente respetada y querida, que no hubo nadie que no sintiese su pérdida. Así se había visto á un hombre sencillo, que durante toda su vida había procurado ocultarse, que vivía retirado en una mon-

taña desierta de la Tebaida, hacer hablar de su piedad con admiración en toda el Africa, en Constantinopla, en Roma, en las Galias y en España; de suerte que el solo relato de sus virtudes ocasionaba numerosas conversiones.

Toda la antigüedad le ha tributado magníficos elogios. Es bien sabido que San Atanasio, aunque muy ocupado en los más importantes negocios de la Iglesia, creyó contribuir mucho á la gloria de Dios, empleando su pluma en escribir su vida. Propúsole á los solitarios para servirles de modelo, y asegura que lo que dice de él es poca cosa en comparación de lo que quedaba por decir.

San Jerónimo dice que Dios reveló su muerte á San Hilarión; que el cielo negó la lluvia durante tres años á aquellos sitios, lo que hacía decir á los habitantes que hasta los mismos elementos lloraban su muerte. San Agustín después de escribir en sus *Confesiones* que, dudando todavía en convertirse, su amigo Potiniano vino á verle y contándole que dos oficiales que vivían en Tréveris, al servicio del emperador, habiendo leído en la celda de un solitario algunas páginas de la Vida de San Antonio, salieron de ella tan movidos que al instante resolvieron renunciar al mundo y abrazar la vida religiosa en este monasterio, añade que este relato no contribuyó poco á hacerle entrar dentro de sí mismo y á conducirlo á una perfecta conversión. Porque, volviéndose hácia su amigo Alipio, exclamó: « ¿ Qué hacemos? ¿ Qué opinas de lo que acabamos de oír? He ahí que los ignorantes arrebatan el cielo, y nosotros, con toda nuestra ciencia, somos tan estúpidos que permanecemos como sepultados en la carne y sangre. ¿ Tendríamos vergüenza de seguirles porque nos han precedido en el camino de Dios, y no la tendríamos más bien de no seguirles? »

San Gregorio de Nazianzo no le da otro nombre que el de divino Antonio. San Crisóstomo exhorta á sus oyentes á leer su vida para aprender en ella la verdadera sabiduría.

Dice él que Antonio igualaba casi la gloria de los apóstoles; que con su ejemplo habia demostrado lo que Jesucristo mandó con sus preceptos, y que él era una admirable prueba de nuestra religion, no habiendo secta alguna en la que se pudiera encontrar un tan grande hombre. Diósele por sobrenombre San Antonio el Grande¹.

LAS OBRAS DE SAN ANTONIO

San Pablo habia vivido solo en el desierto; San Antonio lo pobló. Dios, que le habia elegido patriarca de la vida monástica, hizole pasar por todos los grados que podian darle la experiencia necesaria para su obra y conducirle al gobierno de las almas. Al principio vivió bajo la direccion de un santo anciano en calidad de discípulo, á fin de aprender á ser maestro. Permaneció mucho tiempo oculto para poder salir al público con seguridad. Fué probado por latencion, para ayudar á los otros á combatirla bien. Tal fué Antonio cuando salió de aquel viejo fuerte, en donde hemos dicho

¹ Dios no quiso que el cuerpo de su siervo quedase por más tiempo oculto. Fué descubierto por revelacion, bajo el reinado de Justiniano, en 561, y llevado á Alejandria, á la Iglesia de San Juan Bautista. De allí, fué trasladado á Constantinopla, cuando los Sarracenos se hicieron dueños del Egipto (635); y finalmente, hácia 980, la Francia recibió estas preciosas reliquias. Fueron depositadas, no en Viena en el Delfinado, como ha dicho el P. Miguel-Angel Marin, sino en un pequeño pueblo de la diócesis de Viena, llamado San-Antonio. Este pueblo está situado á 12 ó 15 kilómetros de San-Marcelino. En 980 poseia un convento de Antoninos. Las reliquias de San-Antonio fueron salvadas en 1793, y se hallan todavia en el lugar á donde fueron trasportadas en el siglo décimo. Los pueblos del contorno acuden en tropel á venerarlas.

que estuvo oculto durante veinte años, orando, combatiendo y mortificándose sin cesar, para enseñarnos con esta prudente conducta que el tremendo ministerio de la salvacion de las almas pide prepararse á él con la práctica de las virtudes y con el retiro.

Después de este retiro fué cuando su obrar tomó un caracter definitivo y se convirtió en fundador. Sus virtudes, sus prodigios y la fuerza de sus discursos le atraian oyentes y discípulos de todas partes. Entonces se formó á su vista y bajo su direccion aquel célebre cuerpo de solitarios, cuyo número aumentó tanto en seguida que, según dice Rufino, habia casi tantos habitantes en los desiertos como en las ciudades.

Al principio sucedió esto en los contornos de este castillo y en las soledades que se hallan entre Memfis, Arsinoé, Babilonia y Afrodites, más acá y más allá del Nilo¹. Los solitarios estaban allí, ó muchos reunidos, formando un cuer-

¹ La más importante de estas cuatro ciudades, Memfis, que llegó á tener hasta 700.000 habitantes, desapareció con los siglos. En tiempo de la expedicion de los Franceses á Egipto, tuvo que trabajarse mucho para descubrir el sitio donde estaba edificada. En nuestros días, M. Mariette, cuyas escavaciones hábiles y perseverantes han tenido tanto éxito, ha encontrado el *serapium*, templo colosal, precedido de una avenida de 600 *esfinges*, que termina en un semicírculo formado de estatuas griegas. Memfis estaba situada en el Medio-Egipto, al norte, sobre la orilla izquierda del Nilo.

Arsinoé. Habia entonces en Egipto dos ciudades llamadas Arsinoé. Aquí se trata de la que se encontraba en el Medio-Egipto, entre el Nilo y el lago Mæris, y que anteriormente se habia llamado Crocodilópolis. El famoso laberinto de Egipto estaba próximo á Arsinoé. Hoy dia, esta ciudad es llamada Al-Fejum.

Babilonia, de Egipto, pertenecia al Bajo-Egipto. Estaba situada sobre la orilla derecha del Nilo, no lejos de las Pirámides. No ofrece ya más que ruinas.

Afrodites ó Afroditópolis (ciudad de Venus). Habia en Egipto cuatro ciudades de este nombre. La que se hallaba más cerca de las soledades en donde se establecieron los primeros discípulos de San Antonio, estaba situada sobre la orilla derecha del Nilo.